

TIEMPO Y SENSIBILIDAD HISTÓRICA
EN LAS ÚLTIMAS BANDERAS DE A. M. DE LERA

JOAN GILABERT
University of Arizona

«A mí me gustaría cruzar el mar y
dejar esta casa de guerra.»

F. García Lorca, La Poncia en
La casa de Bernarda Alba.

«Ojalá hubiera una bandera [...] una
Termópilas en la cual yo pudiera
verter mi sangre con honor, todo mi
amor solitario, que nunca me ha
servido de nada.»

Hölderlin: *Hyperion*.

Ángel María de Lera ha tenido poca fortuna con la crítica. Este escritor ha sido obsequiado con una cuantiosa lista de comentarios sumamente frívolos e impresionistas que, en el mal sentido de la palabra, han contribuido a encasillarlo en el ruedo ibérico del tipismo melodramático: «un libro [*Las últimas banderas*] estremecedoramente vivo, caliente, nervioso, patético» (G. Díaz Plaja, 12) o con pretensiones de agudeza, se ha dicho que «su impresión realista es anonadante» (Manrique de Lara, 689)¹. Es una lástima que la crítica académica, española y

¹ Tono banal que se mantiene en los trabajos que hemos consultado pese a la profusión de notas y los consabidos alardes eruditos (E. Lismore Leeder, M. S. Listerman o el prólogo a *Novelas* de L. E. Bareño. Hasta el libro de Ponce de León,

extranjera, muestre tendencia a reducir la obra de escritores autodidactas y populares al folklore costumbrista de la España panderetera. No era así hasta los años sesenta, pues a partir de 1939 hasta aproximadamente las fechas de los susodichos comentarios, el régimen franquista había declarado la guerra al liberalismo intelectual de cualquier matiz. Este acoso irracional² daría como resultado que la inteligencia hiciera causa común con el ideario de las clases sociales que realmente habían perdido la guerra.

La época clásica del franquismo (1939-1959) coincide pues con los años de auge de la literatura social³. El conocido informe del Fondo Monetario Internacional y la puesta en práctica de sus recomendaciones aperturistas en 1959 (proyecto Ullastres-Navarro Rubio)⁴ iban a tener su paridad cultural con la reforma de la ley Fraga sobre la censura. La profunda revolución estructural del franquismo que llevaría a una relativa prosperidad, coincide —en la década 1960-70— con el cambio de rumbo en la sensibilidad de los intelectuales. Así, en esta década, se concluye el fervor irredentista del «miliciano de la pluma» y se inicia, o mejor dicho, se reanudan las tendencias literarias de la pre-guerra (Gil Casado, *La novela deshumanizada española*).

El experimentalismo, el nuevo realismo, la crítica intelectualizante y en general el esteticismo logran consolidar sus primeras victorias⁵. Es a esta década a donde hay que acudir siempre para poder comprender cabalmente las tendencias actuales de la cultura contemporánea española, y es precisamente alrededor de estos años cuando De Lera produce sus obras más importantes (*Los ol-*

con pretensiones de ahondar en la guerra civil, apenas ofrece unos someros comentarios sobre *Las últimas banderas* (*La novela española...*). Sólo los breves comentarios de Gil Casado y los de J. L. Cano van más allá de la exposición descriptiva. También es muy útil la modesta si bien jugosa biografía crítica de Antonio de las Heras.

² Para adquirir una idea cabal del acoso del régimen hacia los escritores, señalemos que hasta novelistas de extracción franquista como Torrente Ballester (*Javier Mariño*), García Serrano (*La fiel infantería*) o C. J. Cela, fueron censurados con dureza. Para un tratamiento cabal del tema véase Manuel M. Abellán, *Censura y creación literaria en España*.

³ Definida con clarividencia por Pablo Gil Casado en su ya clásico libro, *La novela social española*: «Una novela es social, únicamente cuando trata de demostrar el anquilosamiento de la sociedad o la injusticia y desigualdad que existe en su seno, con el propósito de criticarlas» (p. VII).

⁴ Una referencia excelente sobre el cambio estructural del franquismo se puede hallar en J. A. Martínez Serrano y otros, *Economía española 1960-1980*.

⁵ Cfr. José Schraibman, «Ruptura de "forma" y "lenguaje" en la novela española de la posguerra». *Ínsula* (11).

vidados, 1957; *Los clarines del miedo*, 1958; *Trampa*, 1962; *Hemos perdido el sol*, 1963; *Las últimas banderas*, 1968, y *Los que perdimos*, 1974). Asimismo, los nuevos rumbos ideológicos de la crítica se evidencian clasificando a De Lera de escritor «popular» y «auto-didacta», «realista», etc., y es que en *Las últimas...* nuestro escritor, como comenta Luckács de Hölderlin, rechaza la realidad literaria post-termidoriana («Hölderlin's Hyperion», *Goethe...*) y se mantiene místicamente fiel a los viejos ideales heroicos: «La derrota es, a veces, mejor que la victoria inmediata [...]. Una batalla sin falsos héroes, sin propaganda, sin rivalidades de partido, sin egoísmos. Demostrar que se es más fuerte que los demás en el dolor. Dar ejemplo de dignidad (*Las últimas...*, 323). Por estos años, los sesenta, la crítica ya escribía con condescendencia mal disimulada sobre escritores como De Lera; de ahí que acudiera en muchos casos a las banalidades de la «typical Spain». En este ensayo vamos a tratar de aproximarnos a De Lera restringiéndonos a la que consideramos su más lograda novela, *Las últimas banderas*, y «desprovociándola» de este cerrado ruedo ibérico, ya que si la crítica no es crítica no es casi nada, como hemos señalado al principio de este artículo.

* * *

Las últimas... es una novela que plantea problemas interesantes y a la vez sugerentes con el empleo del tiempo. Dado que desde Kant ya no hay dudas de que el conocimiento, en su decir, muestra verdad, es por necesidad subjetiva y además es percibida por los sentidos en un tiempo siempre presente, las versiones de esta «verdad» son asimismo siempre mediatizadas por este imperativo categórico.

Con toda certeza, las ideas sobre la función temporal de la historia las recogió De Lera a través del libro *Historia de Roma* de T. Mommsen, evidenciado por el hecho de que el protagonista de la novela, Federico Olivares, se encuentra leyendo la obra del historiador alemán durante los últimos días de la República española. Las ideas del tiempo histórico kantiano fueron retomadas por su discípulo Hegel (*Phänomenologie...*) y recogidas por Mommsen a finales del siglo XIX. Al margen del valor artístico de la novela, es evidente que De Lera tomó estas ideas como punto de referencia

al escribir sobre la guerra civil, hecho que ningún crítico ha señalado quizá a causa de los prejuicios inherentes en la categorización de «escritor autodidacta». También cabe señalar que el autodidactismo era y sigue siendo una *virtud* entre los adherentes de la cultura libertaria española. El mismo Antonio Machado, en el conocido discurso-homenaje a Pérez de la Mata, señalaba que «el birrete de un doctor puede cubrir el cráneo de un imbécil», lamentándose con dureza del menosprecio por lo popular a cargo de la *inteligent-sia* española de su tiempo. La obra de De Lera y *Las últimas...* en particular ha sufrido bajo tales prejuicios, evidenciado con la adjetivización que hemos citado.

Veamos ahora, desde esta perspectiva temporal, cómo está construida la novela y cómo esta construcción estructural técnica y lingüística resulta en una singular versión de la realidad española moderna. Para ello tenemos que asumir que De Lera, en 1967, ha sido, al redactar el texto, un escritor consciente de lo ilusorio que es creer en verdades absolutas al escribir sobre la guerra civil. Ha tratado de ser trascendente, tratando de darnos un testimonio privado que aspira a ser universal. Sólo así es posible, parece sugerirnos, ser sinceros con la realidad del entorno; construir, inocentemente, nuestra precaria objetividad.

La biografía de A. M. de Lera es bien típica como la de muchos intelectuales españoles nacidos a principios de siglo (en Baidés, Guadalajara, 1912); hijo de un itinerante médico rural con familia numerosa⁶, pasa por un seminario de los trece a los diecisiete años del que sale indignado por la frialdad del ritualismo católico español, desprovisto de la piedad mística de los *Evangelios*. En *Los olvidados*, refiriéndose a su personaje principal, Anto-

⁶ Para más detalles véase Mary Sue Listerman, *A. M. de Lera*, o el «Prólogo» de Luis Escobar Bareño en *Novelas*. Este prólogo biográfico es singular pues en él se reproducen fotografías que hablan volúmenes sobre la experiencia pequeño burguesa de tantos escritores españoles: el niño vestido a la marinera con el papá sentado en un sillón, años más tarde, vestido de seminarista y, en un lapso temporal extraño, fotografías ya del escritor en la destilería de licores, en casa con la familia y, en otra, su figura con trasfondo visual de escritor famoso. No contiene, este prólogo, biografía visual de los «años heroicos». Bien sea a causa de la censura o por otros motivos más sutiles que aquí no podemos comentar por razones de espacio. El mejor libro biográfico sobre De Lera fue redactado por un joven estudiante salmantino en 1971, Antonio R. de las Heras, *A. M. de Lera*. Contiene un sustancioso prólogo del poeta Ramón de Garciasol: «Hay escritores cuya vida vale más que su obra, otros que superan su talla vital corriente en su creación y, por último, quienes igualan con la vida el pensamiento», p. 6.

nio, escribe que «En el momento cumbre de su transformación cayó en sus manos una [...] biografía de San Francisco de Asís. Tanta poesía, tan generoso desprendimiento, tal volcán de amor como se desprendía de la historia del Pobrecillo, le turbaron profundamente. Fue un dulce veneno, como una droga heroica que no pudo contrarrestar» (*Los olvidados*, 74). Los seminarios españoles han sido tradicionalmente inagotable cantera de revolucionarios y en particular de anarquistas. De Lera no fue una excepción; en 1930 se aposenta en La Línea de la Concepción (provincia de Cádiz) donde estudia Derecho, y se adhiere al sindicalismo cenetista. Este dato autobiográfico aparecerá en la figura de Federico Olivas quien, además, es maestro de escuela en 1936.

Andalucía en los años treinta, vivida y sentida con el fervor religioso de un cristiano casi místico, iba a ser una mezcla explosiva, como nos ha señalado Brenan («The Anarchist», *The Spanish...*, pp. 131-169)⁷. La combinación de la plenitud y la libertad interior, es decir, lo que Kant denominaba «ser autónomo»⁸ con

⁷ «Me moriré y los gusanos me comerán. Quiero que las masas de la humanidad se emancipen de todas las autoridades y de todos los héroes del presente y del porvenir.» Miguel Bakunin. Epígrafe al capítulo de G. Brenan («The Anarchist») y con seguridad, extraído de Michel Bakounine, *Lettres à Herzen et à Ogareff. 1860-1874*. Los escritos de Bakunin y Kropotkin circulaban profusamente en toda España, especialmente en los tres grandes centros libertarios: Andalucía, Catalunya y la ciudad de Zaragoza.

El patriarca del anarquismo español Anselmo Lorenzo en *Criterio libertario* nos ha dejado un testimonio bien franciscano que evidencia todo lo que arriba señalábamos. Vale la pena citarlo por lo que tiene de emblemático: «El cristianismo, amoroso en los ágapes, comunista con sus iglesias, humilde y altruista en las catacumbas y ante el sufrimiento, y fuerte hasta el más sublime heroísmo en los martirios que le impusieron los tiranos, se convirtió en ese catolicismo cuyo símbolo es la Inquisición y cuyos representantes más característicos en el día son los hijos de Loyola» [énfasis es nuestro], p. 27.

⁸ Hemos traducido del original en alemán, ya que no tenemos a mano una versión española. La idea de la total y absoluta libertad del individuo en España llegó por varios caminos: «Estas palabras del maestro [Thomas Payne, revolucionario radical de la independencia norteamericana]: Mi patria es el mundo; mi religión el hacer bien, y mi familia la humanidad, quedaron para siempre grabadas en mi mente, y a ellas he procurado ajustar mi conducta.» (F. Urales, *Evolución de la filosofía...*, p. 134). Otra fuente fue la obra de Immanuel Kant que arribó a España de forma muy diluida con el movimiento krausista. El Kant más radical, sobre todo en su última fase con su machacante énfasis en la libertad absoluta del individuo, entró, asimismo, a formar parte de la cultura ácrata: «Un buen trozo de pan lleva en sus átomos las más geniales creaciones de los Platón, [...] los Kant, los Spencer. Conquistad, pues, el pan [referencia a Kropotkin (*La conquista del pan*) y también el ideal; todo, en suma, pan para el cuerpo, pan para el alma, pan para su cerebro» (R. Mella, *Ideario*, p. 154). [El énfasis es nuestro.]

la idea de solidaridad con el prójimo sentidos con máximo fervor, son ingredientes importantes en la sensibilidad del joven De Lera —la época de los treinta— y en *Las últimas...* se plasma en el tiempo heroico del principio de la guerra con la forma metafórica de Tierra Prometida cuando el pueblo entero de Madrid hace suyas las palabras «no pasarán». Es un momento histórico paralelo a la vida del joven novelista, y que coincide con el Federico Olivares de los mismos años treinta y con el recuerdo de una fidelidad revivida —«A la recherche du temps perdu»— en la época literaria termidoriana de los sesenta. Vistas desde esta perspectiva las «últimas banderas» bien pudieran ser las del año 1966: «Es algo que se me va para siempre. Ya no lo veré más.» (*Las últimas...*, p. 250). Sospechamos que no hablaban así los republicanos de 1939 que es el instante del lamento de Olivares ante la entrada en Madrid de los soldados de Franco.

El lamento de Federico es pues histórico en la medida que se da en las fechas de la escritura de la novela. Esta vuelta al pasado heroico, los años de la guerra, el sentimiento de haberse liberado de todas las prisiones dogmáticas, señala el camino («caminante se hace camino al andar», al decir de Machado) cuyo principio sensorial quizá se remonte —en el plano privado— a abril de 1931. Ahora, en 1966-67, se inicia la fase reflexiva de la desaparición de todo el ideario de una época de historia española observada a largo plazo. De hecho este acontecimiento se consigna con la melancolía y el cansancio de un Larra moderno: «Molina [uno de los cuatro personajes principales de la novela] sacó de un armario unos cuantos volúmenes [...] y una botella de gasolina. Eran libros de Marx, Engels, Sorel, Bujarín... Mientras los asperjaba con gasolina, Olivares comentó: —¿Y crees que importa mucho que te cojan estos libros? —Mira, más que nada es por costumbre» (p. 295).

Desde esta perspectiva convencionalmente temporal se sugiere la intemporalidad de la vividura hispánica. La guerra civil no ha sido el evento «in extremis», como tampoco lo han sido los anteriores vaivenes de más de cien años de violencia gratuita. Las —malas— costumbres del país, incluyendo las de su élite intelectual, han sido incapaces o impotentes de guiarlo hacia una democracia moderna: «Porque ¿qué me dices de aquellos célebres escritores e intelectuales que trajeron la República y que fueron nuestros maestros? Ellos nos lanzaron [...] a la lucha por una España nueva, y luego, a la hora de la verdad, se pusieron al

margen y nos dejaron en la estacada» (p. 295). En la medida que la reflexión acontece en los años sesenta cuando parece estar repitiéndose de formas diferentes el mismo evento, el tiempo heroico de la guerra se siente como yermo y el entusiasmo como ilusorio pues la inmutabilidad del fracaso es temporalmente mucho más extensa; se remonta hacia un tiempo más lejano en el pasado. Por lo tanto, la estructura temporal construida por el autor asume la función premonitoria del porvenir. Es un pasado vivo y que, por deducción lógica, continúa viviendo. La novela sintetiza con exquisita lucidez, como pocas otras sobre la guerra civil, el pecado original de la España moderna: «Desde su balcón [de un piso de la Carrera de San Jerónimo] debieron de contemplar sus moradores los grandes episodios de la historia de España, cuyo máximo escenario tenían tan cerca; las coronaciones de Isabel II y de Amadeo, la proclamación de la primera República, la entronización de Alfonso XII y tantos otros hasta llegar a los últimos tiempos. *Un largo y penoso tejer y destejer, sístole y diástole de un pueblo todo corazón y corazonadas*» (el énfasis es nuestro; p. 291).

No se hace camino al andar sino, por el contrario, el itinerario sigue siendo marcado por una cultura fosilizada e incapaz de crearse su propia morada vital de acuerdo con la mutable sensibilidad del correr del tiempo (así se explican los conceptos machadianos de «estar a la altura de las circunstancias» o «la palabra en el tiempo»)⁹. En resumen, las experiencias de los años treinta y su conversión al movimiento libertario en su versión cenetista (Olivares, al igual que De Lera, es un revolucionario de la C.N.T.) se manifiestan y «construyen» el personaje central de la novela, el cual, fiel a la sensibilidad del siempre presente momento histórico, se siente desprovisto de creencias inmutables y dogmáticas. De tal manera el discurso novelístico de este libro sobre la guerra civil, en el esquema teórico de Bajtín, no es «autoritario»¹⁰ y además está desprovisto de

⁹ Las repetidas elusiones a A. Machado no son gratuitas. *Las últimas...* se inicia con un poema epigráfico del poeta y —como veremos a continuación— el libro está repleto de la emoción cordial y de las reflexiones machadianas sobre la libertad. Las fuentes de estas ideas en Machado provienen de su formación y vocación liberal-krausista y de sus estudios con Bergson, en París (cfr. A. Sánchez Barbudo, *Estudios sobre Unamuno y Machado*). En De Lera, las ideas kantianas sobre la autonomía del ser humano y su libre criterio son, de hecho, el «leitmotiv» de su obra.

¹⁰ Frente al discurso autoritario o unífono, el crítico ruso opone la palabra «intrínsecamente convincente» que en la estructura novelística se traduce en la técnica del diálogo-debate, o el diálogo interior monologizado, técnica predominante

rituales gratuitos, siendo consecuente con su rechazo de dogmas vacíos, de creencias del cristianismo que le habían repugnado en su adolescencia. Ambas creencias, la libertaria y la evangélica en su forma más pura ponen énfasis en buscar la verdad individualmente, libremente. La prueba de fuego se dará en el tiempo novelístico de la novela que hemos estado examinando.

* * *

Las últimas... es un libro sobre la guerra civil que se concentra los últimos días de la contienda cuando con la rebelión del coronel Casado se enfrentan los republicanos decididos a terminar la guerra (los socialistas moderados, los anarquistas y los republicanos) ante los que proponen una defensa numantina (los comunistas y algunos elementos del socialismo revolucionario con Negrín a la cabeza).

Esencialmente, la novela intenta condensar el espacio (Madrid) y el tiempo (unos días) para profundizar en las causas de las continuas guerras civiles que han plagado, desde principios del siglo XIX, la historia del país. Durante varios días Federico Oliveres y tres compañeros (Cubas, Trujillo y Molina) deambulan por la ciudad aturridos por la apatía, el cansancio y el cinismo de los madrileños ante la guerra civil entre republicanos, contrastando su estado anímico presente con los días del Madrid heroico: «Una batalla que va a asombrar al mundo [...]. Aquello sí que era un mar de cabezas, que recordaba el 14 de abril [...]. Gran número de oradores espontáneos [...] arengaban a la multitud e invitaban a los hombres a correr con las armas que tuvieran... ¡Madrileños, a las armas!» (211). Los recuerdos heroicos convertidos en mito son contrapuestos, a lo largo de la novela, a los sentimientos deprimentes de apatía y desintegración que, como después de 1808-1812 (¡vivan las cadenas!), 1868-1874 («los años bobos»), son ahora premonición del emblemático «corazón y corazonadas» de los próximos cuarenta años de paz.

en *Las últimas...* véase Mijaíl M. Bajtín. (*Problemas de la poética de Dostoievski*). El mismo Heras afirma que «En *Las últimas banderas* hay un sesenta por ciento de diálogo.» Antonio R. de las Heras, *Ángel María de Lera*, 134. Finalmente, Ellen L. Leeder señala: «Otras veces Lera recurre a los monólogos interiores que revelan la agonía del derrotado español», 111.

En este libro se consignan todos los tópicos que causaron el hundimiento de 1939: desunión de las fuerzas republicanas, las intervenciones extranjeras (fascistas, comunistas o la «neutralidad» de las democracias occidentales), los excesos de ambos bandos, los errores políticos, etc. Esta novela, no obstante, al ser escrita en la lejanía temporal y por un autor de cultura libertaria, trata de reflexionar críticamente sobre las causas, llamémoslas metafísicas, del fracaso de una cultura incapaz de ofrecer un marco mínimo de convivencia tolerante entre sus ciudadanos.

El proceso autobiográfico del personaje central de la novela dialoga lo más cándidamente posible con la autobiografía de su constructor (como diría Unamuno), quien conjuntamente recorre el camino que lleva a Federico Olivares de un estado de tutelaje mental al de la plenitud aparentemente liberalizadora tan en boga en los años sesenta ¹¹.

De la misma forma las ideas fijas o dogmáticas no tienen sentido dentro del espacio temporal. Kant propone que la condición esencial de tal estado de auto-conciencia sólo es factible si el ser humano rechaza ideas que le son dadas «a priori» y desde fuera. Si se es fiel al examen libre de sus experiencias, el camino hacia la autonomía del individuo es posible. En otras palabras, una sociedad realmente democrática sólo puede ser creada por hombres libres ya que la libertad material, primeramente, hay que poder sentirla e imaginarla: «El significado de la Ilustración es haber liberado al hombre de su auto-tutelaje. Este tutelaje consiste en la incapacidad de hacer uso de su juicio sin las instrucciones de otro [...]. Si hay un libro que entiende las cosas por mí, un pastor que me dirige la conciencia, un médico que me decide mi dieta, etc., no necesito preocuparme, si tengo dinero para pagar —otros servicialmente— se ofrecerán para liberarme de tales molestias» (I. Kant, *Was ist die Aufklärung*, 16). En semejantes términos se expresa Mommsen al lamentarse de la caída de la República romana.

En un momento emblemático de la novela, F. Olivares trata de persuadir a un militante comunista arguyéndole que lo que se ventilaba en la guerra no era el tutelaje rojo o azul sino la voluntad libre de los modestos ciudadanos del país. En la medida que la

¹¹ No es coincidencia que en el mismo año de 1967 Juan Goytisolo, en una serie de ensayos, llegue a conclusiones semejantes aunque sea por caminos diferentes (J. G., *El furgón de cola*). También son los sesenta los años de la fundación de *Cuadernos para el diálogo* y de la editorial del mismo nombre.

batalla ha sido militarmente perdida, discurrea, hay que asirse a «las últimas banderas»: las de la esperanza interior, para que el fuego no se extinga. Federico le increpa que la otra España, la revolucionaria, ha sido destruida a causa de su pobre imaginación, creyendo que los eslogans y el entusiasmo del grito ¡viva la República! eran suficientes y eran conceptos originales. Hay que admitir de una vez para siempre que sea del color que fuere, la persuasión por el grito ha sido —metafóricamente— el pecado original del país: «¿Por qué no te vienes con nosotros? —y Olivares le puso amistosamente una mano sobre el hombro [...] —Porque el partido es lo primero para mí [...] —Pero si ya has hecho todo lo que has podido [...] Casanova [...] movió negativamente la cabeza.» La contradicción del querer y no poder romper el tutelaje del viejo ruedo ibérico [«—¡Salud camaradas! Y Casanova se llevó el puño a la sien» (160-1)] es la causa del suicidio (la defensa numantina) de Casanova, cuya «morada vital» es en realidad tan vieja como toda la historia de la España moderna. Ahora los gritos de turno (¡Arriba España!, ¡Viva Franco! ¡Franco, Franco, Franco!) serán meramente más ensordecedores, continuando su despótico tutelaje.

Federico Olivares ha alcanzado su «nirvana» y se siente libre, pero el precio ha sido alto; ha consistido en el repudio de toda ideología. Así se consuma, irónicamente, el envilecimiento de toda una generación que acabará, como otras de antaño, acomodándose con la tiranía de turno. Leyendo a Mommsen y «repasando el final de las guerras civiles de Roma: la de Mario contra Sila y la de César contra Pompeyo» (297).

Nos hallamos ante una novela histórica pero de signo barojiano, polifónica, como señala Bajtín de Dostoievski (*Problemas...*, pp. 5-70). Toda la realidad de Federico —como héroe-antihéroe colectivo— acaba siendo elemento de su autoconciencia: «Ahora ya sé qué es lo que me espera y cómo he de obrar. No quiero encontrarme solo nunca más. No quiero huir más, ni disimular más» (323).

La maldición epigráfica de la Poncia y la ilusión intelectualmente libertaria son las «últimas banderas» de este héroe esencialmente romántico, primo lejano del Leónidas de *Hyperion* a quien hasta se le ha negado la ilusión de «verter su sangre con honor», pero se le ha permitido revivir su fidelidad de su amor solitario aunque fuere inútil.

En este sentido esta novela sobre la guerra civil es particularmente singular al hacerse eco, con pasmosa franqueza, del insoluble dilema de la *intelligentsia* española en la década de los sesenta. Aunque sólo fuera por eso hubiera merecido mejores lecturas que las páginas publicadas sobre ella. No es novela deshumanizada precisamente por asumir el rol de ser testimonio crítico de la época postermidoriana de la literatura española de la posguerra. Asume la función premonitoria del futuro post-modernista recogiendo el sentimiento de inutilidad de todos los movimientos «revolucionarios» del pueblo español, desde 1808 hasta la actualidad ¹².

Federico, paradigma del héroe polifónico espacial, es insertado simultáneamente en el espacio temporal y así el debate sobre la relevancia de la guerra, dentro de la novela, se hace más dramático. La acción revolucionaria del Madrid heroico contrapuesta a la reflexión nostálgica del héroe sentimental que sabe —desde Hegel a Mommsen— que la destrucción de la República romana obedecía a ciertas leyes, llamémoslas, naturales. De la misma manera que el Imperio enterraba en el olvido el ideal republicano, el pueblo español con la mini-guerra civil provocada por Casado rubricaba su retorno al estado de auto-impuesto tutelaje emblemático de su historia moderna: «Es una pena, mejor dicho, una tragedia, que los españoles cualquiera que sea su color político, sigamos siendo los hombres de Trento: o aceptas lo que yo pienso o te mando a la hoguera. La soberbia del dogma nos destruye» (*Los que perdimos*, p. 147). Son las palabras de este Mommsen-Olivares en la secuela ficcional de *Las últimas...*, subrayando el canibalismo de la sociedad española moderna, incapaz de haber creado la civilidad necesaria para vivir bajo una República, institución fundamentalmente consensual.

En su gran desilusión, Federico se siente enajenado de toda causa política y libre de sus dogmas y creencias. La paradoja consiste en correr el riesgo de ser el paradigma del maduro hombre de negocios o del igual maduro intelectual de los sesenta, crítico de la España autoritaria pero orgulloso de su futuro europeo. El

¹² Raymond Carr, autor de un libro fundamental sobre la España moderna (*Spain 1808-1939*), ha consignado recientemente con profunda melancolía: «Vosotros [los españoles] habéis olvidado la guerra civil [...] Para nosotros sigue siendo un evento histórico muy interesante.» Fragmentos de un discurso pronunciado en el palacio de gobierno de la Generalitat de Catalunya en junio de 1993. Fragmentariamente recogido en *Noticies de la Generalitat*. Barcelona, Departament de la Presidència. Julio 1993, p. 11.

famoso cineasta Luis Buñuel, hace relativamente pocos años, llegó a escribir que: «En 1936, el pueblo español tomó la palabra por primera vez en la historia» (*Mi último...*, p. 166). Bien pudiera ser una metáfora surrealista o quizá Valle Inclán no exageraba al decir aquello de que «España era una deformación de la cultura europea». En todo caso, las experiencias narradas en este libro de De Lera no se restringen a unos días caóticos del fin de una catástrofe («el libro [...] nervioso y caliente» de D. Guillermo Díaz Plaja).

Tampoco es una novela más sobre la guerra civil escrita por un ex-republicano que fuera condenado a muerte por el régimen de Franco. En nuestra opinión es un libro que no tiene nada en común con los ajustes de cuentas con la guerra civil tan en boga a finales de los sesenta. Nosotros creemos que el tema de la guerra no es sino un referente incidental que se expande más allá de la última batalla de la República española, de la misma manera que Mommsen reflexionara sobre las raíces internas del fracaso de la República romana. Por ello, la novela tiende a darnos una visión pesimista sobre el futuro del país tal y como su modelo histórico —Mommsen— hiciera con la Alemania imperial de Bismarck. En ambos casos el paso del tiempo ha sido el mejor juez para las reflexiones premonitorias de ambas obras. Hoy en día, en Alemania, el dogma xenofóbico sigue en pie; asimismo en España la segunda Restauración ha ido manifestándose paulatinamente desde 1975 como reencarnación «aggiornatta» de la primera. Mientras el debate intelectual consista en aplastar al oponente inquisitorialmente, en «asperjar [ideas] con la gasolina» (298) y además «por costumbre» no se puede augurar nada nuevo ni bueno para el país. Nosotros estamos convencidos de que las reflexiones de De Lera en *Las últimas...* valen su peso en oro.

* * *

Insistimos en que el primordial mérito de esta novela consiste precisamente en trascender, a nivel histórico y humano, el breve episodio de 1939, retrocediendo «retrospectivamente» hacia un pasado mucho más extenso e intenso para darnos un gran tapiz visual (en la medida que lo es un «tableaux vivant») de los infinitos dolores del parto español hacia la modernidad cuya base esencial es el pensamiento crítico. Casi nos atrevemos a afirmar que *Las últimas banderas* es la novela más compleja y penetrante de las

muchas escritas sobre la guerra civil, dentro y fuera de España. El Olivares-Leónidas de este libro, a semejanza del de Hölderlin, no huye «cruzando los mares» sino que desafía a la reacción (iniciada, por la mayoría de los escritores españoles, repetimos, en los sesenta), queriéndose asir —paradójicamente— con un acto de voluntarismo místico, a las banderas que comienzan su proceso de descolorimiento en los años de la escritura del libro.

OBRAS CITADAS

- Bajtín, Mijail, *Problemas de la poética de Dostoievski*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Bakunin, Michel, *Correspondance de Michel Bakounin. Lettres à Herzen et à Ogareff (1860-1874)*. París: s.e., 1896.
- Brenan, Gerald, *The Spanish Labyrinth*. Cambridge, England: Cambridge University Press, 1967.
- Buñuel, Luis, *Mi último suspiro*. Barcelona: Plaza Janés, 1982.
- Cano, José Luis, «Ángel María de Lera: *Las últimas banderas*», *Ínsula*, año XXIII, n.º 254 (Madrid, enero de 1968, p. 8).
- Carr, Raymond, *Spain 1808-1939*. Oxford, England: Oxford at the Clarendon Press, 1966.
- De las Heras, Antonio R., *Ángel María de Lera*. Madrid: E.P.S.A., 1971.
- De Lera, Ángel María, *Los olvidados*. Madrid: Nova Navis, 1957.
- *Las últimas banderas*. Barcelona: Planeta, 1974.
- *Los que perdimos*. Barcelona: Planeta, 1974.
- Díaz Plaja, Guillermo: «Las últimas banderas», *Ínsula*, Año XXIII, n.º 254 (Madrid, enero de 1968, p. 8).
- Escobar Bareño, Luis, «Prólogo» en *Novelas*. Madrid: Aguilar, 1965. VII-XX.
- Gil Casado, Pablo, «La novela social en España». *Cuadernos Americanos*, Vol. CLIV, n.º 5 (septiembre-octubre, 1967).
- *La novela social española: 1942-1968*. Barcelona: Seix Barral, 1968.
- *La novela deshumanizada española: 1958-1988*. Barcelona: Anthropos, 1990.
- Goytisolo, Juan: *El furgón de cola*. París: Ruedo Ibérico, 1967.
- Hegel, Friederich: *Phänomenologie des Geistes*, Parte B IV 1965 II. «Selbständigkeit und Unselbständigkeit des Selbs-Bewusstseins: Herrschaft und Knechtschaft», 148-158.
- Kant, Immanuel, «Beantwortung der Frage: Was ist Aufklärung» en *Beiträge aus der Berlinische Monatschrift*. (Norbert Hinske, Editor). Darmstad, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1973. Reproducción del texto original de 1784, pp. 444-465.
- Lismore Leeder, Ellen, *El desarraigo en las novelas de Ángel María de Lera*. Miami: Ed. Universal, 1978.
- Listerman, Mary Sue, *Ángel María de Lera*. Boston: Twayne Publishers, 1982.
- Lorenzo, Anselmo, *Criterio libertario*. Barcelona: Libros Dagal, 1977.
- Manrique de Lara, José Gerardo, «Dos novelas de la guerra civil», *Cuadernos Hispanoamericanos*, LXXIV, n.º 222 (junio de 1968), p. 689.
- Martínez Serrano y otros, *Economía española 1960-1980. Crecimiento y cambio estructural*. Madrid: Blume, 1982.

Mommsen, Theodor, *Römische Geschichte*. Berlín, Weidman, 1889-1917. Vo. I-IV.

El cuarto volumen publicado por Heinrich Kiepert es el más relevante para la sensibilidad expresada en *Las últimas banderas*. Consta de dos ensayos y uno de ellos se titula «Der Letzte Kampf der Römischen Republik» («La última batalla de la República romana»).

Noticies de la Generalitat. Barcelona: Generalitat de Catalunya, 1993. Julio de 1993, n.º 94.

Pérez de la Dehesa, Rafael, «Estudio preliminar» en *F. Urales. La evolución de la filosofía en España*. Barcelona: Ediciones de Cultura Popular, 1968.

Sánchez Barbudo, Antonio, *Estudios sobre Unamuno y Machado*. Madrid: Ed. Guadarrama, 1959.

Schraibman, José, «Ruptura de “forma” y “lenguaje” en la novela española de posguerra». *Ínsula*, n.ºs 396-97, p. 11.